

es posible para distraer al público ávido de diversiones, sin destinarlo á objeto útil y provechoso. No obstante, es preciso confesar que desde su altura es sorprendente la vista de París; y si lo fué para nosotros en un día brumoso, hay que suponer lo que será en un día sereno. ¡Lástima que esa soberbia torre esté destinada á desaparecer, y quizá en tiempo no lejano!

Ya que de la Exposición hablamos, es justo mencionar el Puente de Alejandro III. Por su amplitud, buen gusto y grandiosas portadas, es el más notable de cuantos hay tendidos sobre el Sena. Gran ventaja será que sea más duradera que él la unión de Francia y Rusia que simboliza.

A pesar de los rigores del invierno, quisimos recorrer el Bosque de Boulogne. Pasajes hay en él que hacen al *touriste* creerse verdaderamente dentro de la espesura de una selva; mas se han unido de tal suerte los encantos del arte con los de la naturaleza, que no se sabe cuáles son más de admirar. Ese bosque viene á ser para los habitantes de la metrópoli más bulliciosa del mundo un retiro necesario; allí tiene que hallar descanso y solaz el hombre fatigado con las arduas labores cotidianas, especialmente en verano; allí debe hallar goces indefinibles quien bogue en barquilla sobre la superficie de sus lagos oyendo los rumores de las pequeñas cascadas; allí, á la sombra de las arboledas, los cuerpos anémicos respirarán efluvios de vida; el espíritu hallará más espacio, y en fin, el ánimo cobrará fuerzas para las luchas del trabajo. Después de tomar un refresco en uno de los rústicos *chalets*, volvimos por las amenas avenidas á la ciudad, deteniéndonos á con-

templar el Arco de Triunfo, en la plaza de la Estrella.

Ha sido tendencia universal de todos los pueblos perpetuar los recuerdos de sus glorias con esta clase de monumentos, y el que se ha erigido en París, por su aspecto grandioso, merece figurar dignamente entre los arcos más bellos levantados en la antigüedad por los romanos. De la Estrella parten como radios espléndidas avenidas que se prolongan, ofreciendo una admirable perspectiva.

Volviendo por los Campos Eliseos llegamos á la plaza de la Concordia donde nos detuvimos para contemplar el obelisco y las fuentes, que no carecen de mérito, y seguimos por la Rue Royale hasta los Boulevards, comenzando por el de la Magdalena hasta el de los Italianos. Había entrado la noche y el movimiento era extraordinario; casi no se podía dar un paso entre la multitud y era por demás arriesgado y difícil atravesar de una acera á otra: para lograrlo se hacía preciso que los gendarmes de punto detuviesen el tráfico de ómnibus, carruajes y tranvías. Es aquello un *mare-magnum* inconcebible: los focos de luz eléctrica aparecen y desaparecen alternativamente, variando de colores, en los letreros de las casas de comercio; los anunciadores se valen de buenos cinematógrafos, que detienen á centenares de espectadores frente á los edificios; la concurrencia es numerosa en teatros y cafés; los aparadores de las tiendas presentan una gran variedad de joyas, telas y diferentes artículos que se venden á precios fabulosos, y por todas partes hay un ruido que ensordece.

Anunciábase una exhibición de figuras de cera y entramos á verla. Merecía realmente ser visitada, pues

cada salón decorado y amueblado artísticamente, presentaba grupos de personajes. Vimos allí desde los contemporáneos en las letras, las artes y la política, como Coppée, Lemaître, Coquelin, Krüger y otros, hasta las notabilidades de otros tiempos. María Antonieta y Luis XVI; el Delfín y el feroz zapatero Simón; Madame Roland ante sus jueces; Danton, Mirabeau y Lafayette; Carlota Corday y Marat, nos hicieron retroceder á las funestas épocas de la Revolución que atentó contra todo lo santo, noble y bueno que se oponía á sus tendencias de disolución. Vimos allí también á Napoleón I con toda su corte en Malmaison, y tendido en su lecho de muerte; bajando por fin á contemplar, con Dante y Virgilio, algunos cuadros del infierno.

Mucho tendríamos que decir acerca de los templos, palacios, monumentos, plazas y jardines; más de lo que puede permitirnos la índole de este libro. Dejaremos, pues, las interesantes iglesias de San Germán, San Sulpicio, Santa Genoveva y otras; el Luxemburgo, el Instituto, el palacio de las Bellas Artes y el Odeón; las puertas de San Dionisio y San Martín; el Jardín de Plantas y el Bosque de Vincennes; y todo cuanto de notable tuvimos ocasión de ver, pasando á otra cosa.

En el Circo Nuevo, sito en la calle de San Honorato, se daban variados espectáculos. Asistimos á una de sus funciones en que hubo de notable toda una familia de liliputienses y una pantomima que reproducía escenas de la Exposición, concluyendo con primorosos juegos de agua y de luz, que fueron muy aplaudidos.

Mas entre todas las diversiones merece el primer lugar la grande ópera, por ser en la populosa ciudad el

espectáculo de mayor cultura. La Academia Nacional de Música, ó Gran Teatro de la Opera, como es generalmente conocida, se ha levantado frente á una de las más espaciosas avenidas de París, abierta por Napoleón III, que no llegó á inaugurarla, debido á la guerra con Prusia el año de 1870. El edificio es majestuoso y colosal en sus proporciones; notable por su arquitectura y por las estatuas que adornan su fachada. Sus cómodas y amplias escaleras, su vestíbulo y su *foyer* son de tal magnificencia que difícilmente podrán tener rival, aun comparados con los de otros teatros de primer orden. La sala destinada á los espectadores y el palco escénico, ante lo que pudiéramos llamar su parte externa, parecen de menor elegancia de la que tienen en realidad, como si el autor de la obra, satisfecho de ella, hubiese descuidado lo principal. Debe afirmarse no obstante que, en conjunto, el Teatro de la Opera es digno de la gran metrópoli.

Dedicado el teatro al arte musical, exclusivamente francés, no puede siempre ofrecer al público notabilidades en ese género, aunque á decir verdad los artistas que nosotros conocimos, sobre todo la *mezzo-soprano* y el tenor, se distinguen y hacen mucho más de lo que pudieran hacer las medianías. Cantaron una ópera de autor que goza de merecida fama, *Sansón y Dálila*, de Camilo Saint Saëns, y supieron interpretar los delicados pensamientos del insigne maestro, acompañados por una buena orquesta. Era la primera vez que escuchábamos la obra y no era posible apreciarla debidamente; pero sí diremos que nos causó excelente impresión toda ella, con particularidad un delicioso

intermezzo y el arrebatador é inspirado dúo del segundo acto.

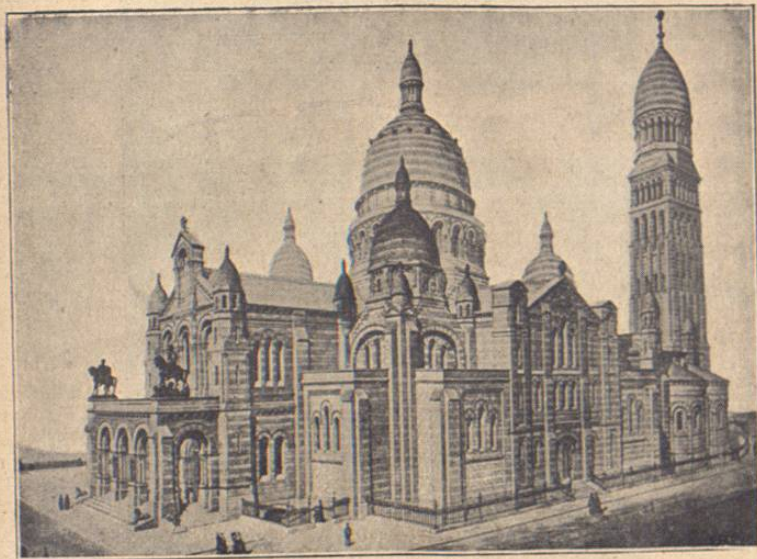


BASÍLICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN MONTMARTRE (PARIS).
ESTADO ACTUAL DE LAS OBRAS. 1901.

Por otra parte, el poema de Ferdinand Lemaire que sirvió á Saint-Saëns para escribir su música, es de aquellos que tienen el doble mérito de una sonora versifi-

cación y de no haber desvirtuado la esencia del asunto. ¡Qué bien expresado está en ese poema el arrepentimiento de Sansón, cuando exclama:

*«Vois ma misère, hélas! vois ma détresse!
Pitié! Seigneur! pitié pour ma faiblesse!»*



VISTA DE LA BASÍLICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
EN MONTMARTRE (PARÍS) SEGÚN LOS PLANOS DEL TEMPLO.

al oír á su pueblo al pueblo, escogido de Dios, que le pregunta con amargo reproche qué ha hecho del Dios de sus padres y de sus hermanos en la fe.

Digno de todo elogio nos parece el ilustre compositor, no sólo por la factura musical de su ópera, sino también por haber elegido para ella un poema sencillo y desprovisto de esos matices en que el oropel sustituye al oro de buena ley.

Antes de abandonar París quisimos conocer la iglesia del Sagrado Corazón, erigida en Montmartre, pero nos



IMAGEN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN EL ALTAR MAYOR DE LA BASILICA DE SU NOMBRE EN MONTMARTRE (PARÍS).

faltó tiempo para ello; tenemos de él los mejores informes y nos fué consolador en alto grado ver que, á pesar de los estragos causados por el espíritu de la nefanda revolución, abundan creyentes que cifran todas sus es-

peranzas de prosperidad verdadera en el sublime Mártir del Calvario.

Los parisienses veneran también con gran fervor en su hermoso templo, á Santa Genoveva, su patrona.

Algunos días permanecimos en la capital del mundo, como llaman á París sus entusiastas admiradores, visitando cuanto nos era dable visitar, y pudimos observar en ella todos los atractivos que ofrece una ciudad opulenta dotada de todos los primores que pueden proporcionar en lujo y comodidades los adelantos modernos. La víspera de nuestra partida, ya de noche, nos instalamos en el Puente de las Artes, y dirigiendo la vista hacia uno y otro lado del Sena, estuvimos admirando uno de aquellos panoramas que no es fácil imaginar, innumerables luces de colores, como piedras preciosas, ceñían una riquísima diadema á la hermosa sultana, que parecía acariciar indolente el plumaje de los cisnes, que tal parecían las barquillas atracadas á las márgenes del río. Las risas y las músicas de una fiesta sin tregua tiénela siempre en constante vigilia y sólo parece entornar los soñolientos párpados cuando, extinguidas las nocturnas lámparas, tiende la aurora sobre su frente un manto de brumas.

A la siguiente noche, acudíamos presurosos á la nueva estación del ferrocarril de Orleans, que más parece un palacio con su techumbre de cristales, sus altivas columnas, sus vastos salones subterráneos y sus brillantes fanales. Ocupamos nuestro asiento en el tren, y la locomotora, silbando como serpiente colosal, fué arrastrándose bajo las blancas bóvedas de los extensos túneles, corriendo luego á orillas del Sena, y llevándo-

nos á otras regiones por en medio de las campiñas cubiertas de nieve.

Poco á poco se iban desvaneciendo las luces de la ciudad, y entre las sombras de la noche, ateridos un tanto por el viento frío que soplaba en la llanura, sentíamos cierto inexplicable bienestar. ¿Nos espantaba París con el ruido de sus fiestas y su belleza tentadora? No sabremos decirlo; pero lo cierto es que nos despedíamos de la gran ciudad, como quien se despide de la dama ceremoniosa y fría, no como quien da su adiós á la amiga candorosa que nos ha hecho alguna vez la confidencia de sus secretos y de sus ensueños, color de rosa.



Frente del Hotel de Ville
París.



CAPÍTULO IX

EL 10 de Febrero, á las ocho y media de la mañana, el tren iba entrando en la estación de Burdeos. Estábamos en una nueva ciudad y puerto de Francia que, situado sobre el Garona, lleva sus naves al golfo de Gascuña. Un puente formado por diez y siete arcos divide el caudaloso río, y desde él se descubre un soberbio panorama: multitud de embarcaciones surcando las aguas y en ambos lados elegantes edificios coronados por altísimas torres.

Burdeos es el centro de un departamento vinícola por excelencia. Cuando se nos hacía el elogio hiperbólico de sus vinos, juzgándolos por los que en México habíamos probado, poníamos en duda su bondad; pero una vez que los saboreamos allí mismo donde se ela-